

mente en un arrebató de espíritu sentí que me llevaban delante de un tribunal. Allí, cegado por el esplendor con que brillaban todos los que estaban presentes, permaneci postrado en tierra sin atreverme ni siquiera á levantar los ojos.

« Habiéndome preguntado el juez cual era mi profesión, yo le respondí que era cristiano. « Tú mientes, me dijo entonces, tú no eres cristiano, sino Ciceroniano; pues donde está tu tesoro, allí está también tu corazón. » Yo me callé al momento, y sintiéndome más herido por los remordimientos de mi conciencia que por los latigazos que me daban, pues había mandado que me azotasen, pensé en este versículo del Salmista: *¿ Quien publicará vuestras alabanzas en el infierno, Señor (Psal. 6)?* También me puse á gritar y á decir gimiendo: *Tened piedad de mí, Señor, tened, piedad de mí (Psal. 56).* Se me oía continuamente hacer esta súplica y dar estos gritos entre los latigazos que descargaban sobre mí. En fin, aquellos que en esta ejecución estaban presentes habiéndose arrojado á los piés del juez, le suplicaron que perdonara mi juventud y que me diera tiempo para hacer penitencia de mi falta, de la cual podría después castigarme severamente, si volvía á leer más los autores profanos.

« En cuanto á mí, que en tal ocasión hubiera querido prometerlo aún cien veces más, empecé á decirle con los mayores juramentos del mundo, tomándole á él mismo por testigo: « Señor, si jamás vuelvo á ver ó leer los libros profanos, consiento que me miréis como á un hombre que ha renegado de vos. » Después de un tal juramento se me puso en libertad; volví al mundo, y á la grande admiración de todos aquellos que rodeaban mi lecho, abrí los ojos derramando tal abundancia de lágrimas, que los más incrédulos estaban convencidos del dolor que sufría; pues no era aquello ni un sueño ni una de esas visiones que nos enga-

ñan durante el sueño. En prueba de ello llamo por testigo á aquel tribunal formidable delante del cual yo me ví postrado, y á aquel juicio riguroso que tanto horror me causó. Al despertarme sentía aún el dolor de los golpes que me habían dado, y tenía las espaldas todas magulladas. Así, estuve después más apasionado por el estudio de los Libros sagrados, que no lo había estado antes por los autores profanos. »

Sobre el particular se podrían hacer muchas consideraciones; pues cuando uno gusta más de Cicerón que del Evangelio, parece que ama menos la verdad de Dios que el vano sonido de las palabras de los hombres. No es por solo este lugar de este santo doctor por donde nosotros aprendemos cuan reprehensible es la lectura de los autores profanos en las personas de una profesión santa; muchos otros santos Padres la han condenado igualmente; y si algunos Santos han hecho uso de ella, esto no ha sido por un gusto de preferencia sobre la lectura de los libros inspirados, sino para hacerla servir á la religión, como David se sirvió de la espada de Goliath para cortarle la cabeza.

San Jerónimo no moró más que cuatro años en el desierto de Chalcis. El cisma que se formó en Antioquía con motivo de san Paulino y de san Melacio, y la persecución de algunos envidiosos que se atrevieron aún á acusarle de errar en la creencia de la Trinidad, le obligó á retirarse en los alrededores de Jerusalén y á pasar de una soledad á otra. Después se detuvo en Belén, cuya posición, le gustó más; lo que con el tiempo lo condujo á retirarse del todo allí. Fué obligado á volver de nuevo á Antioquía en donde san Paulino le ordenó de sacerdote; pero no aceptó este honor, sino á condición que no fuera agregado á ninguna iglesia ni obligado á dejar su profesión de monje. Fué después á Constantinopla para ver á san Gregorio de Nazianza, bajo el cual, como él mismo le testificaba, estudió la Escri-



tura Santa y aprendió la manera de explicarla bien. Habiendo san Gregorio abandonado la ciudad imperial, nuestro Santo volvió á Jérusalen; después hizo con san Paulino y san Epifanio el viaje á Roma, en donde el papa san Dámaso había convocado un concilio. Este santo Pontífice se lo quedó cuando san Paulino y san Epifanio se volvieron, con la intención de servirse de él para escribir cartas y responder á las diferentes consultas de las iglesias.

Entre estas grandes ocupaciones Jerónimo llevaba la vida de un perfecto religioso, y atraía sobre sí todas las miradas de las personas distinguidas por su categoría y por su piedad. Su reputación ya hacía largo tiempo que lo había anunciado en esta capital del mundo, y su presencia confirmó cuanto se había publicado de él de más ventajoso. La santidad de sus costumbres, su humildad, su género de vida austera, todo esto unido á su elocuencia y las grandes luces que había adquirido en las santas Escrituras, le concilió la estimación y el afecto de cuantos podían juzgar del verdadero mérito. Se aprovechó de ello para llevar á muchas personas distinguidas á abrazar la perfección de la vida religiosa. Tuvo también por discípulas en las santas Letras á santa Paula y á muchas otras damas romanas, que bajo su dirección llegaron á ser modelos de santidad.

Pero mientras estaba en tan grande reputación, que no se hablaba de él, fuera en Roma, fuera en las provincias del imperio, sino en los trasportes de admiración, se formó poco á poco contra él una persecución por parte de algunos miembros del clero de Roma, que una baja envidia fomentó; porque su virtud demasiado resplandeciente era la censura de su conducta demasiado desarreglada. Esto junto á su inclinación por el descanso de la soledad, lo determinó, después de la muerte de san Dámaso, á volverse á Palestina con su hermano Pauliniano, más joven que él, de treinta años, y llegó á Jerusalén en lo crudo del invierno.

De allí partió en la primavera para ir á Egipto á visitar los santos solitarios. En Alejandría, entre otros, vió al famoso Didymio. Por fin, de regreso á la Palestina, se estableció en Belén para no moverse más de allí. Santa Paula acompañada de su hija Eustoquia, también había ya llegado á Belén. Ella edificó allí dos grandes monasterios, el uno para hombres, en el cual se retiró san Jerónimo, el otro para las personas de su sexo. El Santo tuvo la dirección de uno y otro. Aquí no entraremos en detalles sobre sus ocupaciones; basta decir en general que todo su tiempo fué repartido en las prácticas de caridad, y las obras que compuso para el servicio de la Iglesia, y que pueden llamarse trabajos inmensos, sea para la inteligencia de la Escritura Santa, sea para combatir diversas herejías que se levantaron en su tiempo, sea por las diversas apologías que se vió obligado á hacer en ocasión de las persecuciones que tuvo que sufrir por parte de algunos herejes. En estos trabajos tan penosos no creyó deber moderar sus austeridades. Vivía siempre en la penitencia monástica; el vigor de su espíritu que siempre conservó todo entero, suplía la flaqueza de su cuerpo, debilitado por los ayunos y gastado por los años.

La piedad atraía de todos los países del mundo un gran número de peregrinos á los santos lugares, particularmente religiosos. Esto aun aumentó después de la toma y del saqueo de Roma por los Godos, llegando muchos hasta Palestina para buscar asilo. Esta afluencia de extranjeros le obligó á engrandecer su monasterio para recibir en él más gente. Envió á su hermano Pauliniano con un amigo á vender lo que le quedaba de las herencias que sus padres le habían dejado; y empleó el producto para el ensanche del edificio. Así añadió la hospitalidad á sus otros trabajos, y sus oficios de caridad absorbiendo una gran parte de su tiempo, sólo le que daba la noche para sus estudios; lo que era un aumento de penitencia.



A esto podemos añadir las funciones de que estaba encargado para el servicio de la iglesia de Belén; pues Postumiano, que había ido desde las Galias á visitar los santos lugares, y que estuvo seis meses con él, dice que gobernaba la iglesia de Belén; lo que demuestra que ejercía en ella las funciones eclesiásticas. Postumiano también visitó las soledades de Egipto, el cual habiendo vuelto á Francia, pidió la pluma á Sulpicio-Severo para trazar la corta relación de su viaje que tenemos en la *Colección de las Vidas de los Padres de los Desiertos*. En fin san Jerónimo, egregio doctor de la Iglesia, como justamente está calificado en la oración de su oficio, y gloria y ornamento del estado monástico, murió en Belén tan gastado por sus trabajos y por el rigor de su penitencia, como por el número de sus años. Su muerte estendió el duelo por toda la Iglesia, la cual no se pudo consolar sino por el tesoro que le dejó en las obras que había escrito para ella. Se ha cuestionado sobre la duración de su vida. San Próspero le da noventa y un años; otros más, y otros menos. Es difícil fijarse en esta diversidad de opiniones.

Además de haber escrito este santo doctor para la Iglesia en general, trabajó también en particular con mucho celo para las personas engolfadas en el estado monástico y para las vírgenes cristianas. Escribiendo las vidas de san Pablo ermitaño, de san Hilarión y de muchas santas, les dió modelos de la perfección religiosa. La historia de san Malch, que pondremos en su lugar, contiene también bellas instrucciones. Tradujo al latin las reglas de san Pacomio, de san Teodoro y de Orsio en favor de los monjes latinos que moraban en la Tebaida, en el Egipto, y particularmente en el monasterio de Metaneo, quienes no entendían ni el griego, ni el egipcio; y esta traducción, que el sacerdote Leoncio con muchos otros hermanos le había ido á pedir en nombre de otros, sirvió también para los monjes de Si-

ria y las religiosas del monasterio de santa Paula, que ya había muerto cuando él la empezó; pero santa Eustoquia se encontraba en él. Hemos visto en la disciplina de los monasterios de Tebas de que utilidad podía ser la colección edificante de estas reglas.

Heliodoro, quien, como hemos dicho, desde Roma había ido con él á Palestina, y quien volvió después á su patria, le dió motivo de escribir una carta en la cual le representa con mucha viveza y elocuencia las ventajas de la vida solitaria, y como se debe ser fiel en seguir esta vocación cuando uno la ha abrazado. Empieza con los reproches que su amistad le hacia más bien que su celo; ense guida le exhorta en estos términos á dejar su pais para ir á su desierto: « Soldado cobarde, ¿ que hacéis en la casa de vuestro padre? ¿ Que trincheras construís ahí para fortificaros contra vuestros enemigos.? ¿ Que inviernos pasáis bajo esas tiendas y pabellones?... Acordaos del día en que por el bautismo os inscribisteis á la milicia de Jesucristo; entonces prestasteis juramento de serle fiel, y de no perdonar ni á vuestros padres cuando se trata de su servicio.

« El demonio ya está haciendo sus esfuerzos para ahogar á Jesucristo dentro de vuestro corazón, y los enemigos de vuestra salvación ven con disgusto entre vuestras manos el sueldo que recibisteis cuando os comprometisteis á su servicio. Por más esfuerzos que vuestro padre, vuestra madre, vuestra hermana, vuestro sobrino, hagan para reteneros, seguid con ojo seco el estandarte de la cruz... Tampoco yo soy insensible; tampoco tengo un corazón incapaz de dejarse emocionar; sin embargo he pasado como vos por todas estas pruebas... Pero cuando uno ama verdaderamente á Dios, y teme las penas del infierno, no encuentra dificultad en romper estos lazos... Tal vez me diréis: Es, pues, imposible morar en las ciudades sin dejar de ser cristiano. Vos no estáis, hermano mio, en las mismas



condiciones que los otros. Escuchad lo que os dice el Hijo de Dios: *Si queréis ser perfecto, id, vended cuanto tenéis, y dad su precio á los pobres; después, venid y seguidme* (Matth. 19). Vos habéis hecho voto de tender á la perfección; pues cuando abandonasteis el siglo os comprometisteis al mismo tiempo á una vida perfecta. Luego un perfecto servidor de Jesucristo no debe tener otra profesión que el mismo Jesucristo; ó si posee alguna cosa con él, deja de ser perfecto...

« No dejaréis de replicarme que vos nada poseís; pero si esto es así, ¿por que no combatis, ya que este desprendimiento universal os vuelve tan apto para el combate? Tal vez creéis poder cumplir todos estos deberes en vuestra patria; ¿pero no sabéis que el salvador del mundo no hizo milagros en la suya? de ahí debéis concluir que un solitario que permanece siempre en su país jamás puede elevarse á la perfección de su estado.

« Después de haberos librado de esta estacada, no falta-réis en prevaleceros del ejemplo de los eclesiásticos; y como ellos moran en su ciudad, vos querréis ver si yo me atreveré á condenar su conducta: á Dios no le gusta que yo hable mal de aquellos que en la Iglesia tienen la plaza de Apóstoles... Si vuestros hermanos con sus piadosas sollicitaciones os hacen comprometer á tomar el orden del sacerdocio, yo me alegraré de vuestra elevación, pero temeré vuestra caída... Colocaos, pues, mi querido hermano, en el último lugar, á fin de que os hagan subir más arriba cuando llegue alguno menos distinguido que vos (Luc. 14)... Si un solitario cae, el sacerdote rogará por él; pero ¿quien rogará por el sacerdote, si él mismo llega á caer?

« ¡ Oh desierto siempre esmaltado de las flores de Jesucristo! ¡ Oh soledad de donde se sacan las piedras que sirven para edificar esta ciudad del gran Rey, de que habla san Juan en su *Apocalypsis*! ¡ Oh desierto en donde se goza

la ventaja de conversar más familiarmente con Dios! ¿Que hacéis, pues, en el mundo, hermano mio, vos que sois más grande que el mundo? ¿Hasta cuando permaneceréis en la sombra de las casas? ¿Hasta cuando estaréis encerrado en las ciudades de donde se levanta sin cesar un negro humo? Creedme, me parece estar aquí como en un nuevo día. Descargado como estoy del grave peso de mi cuerpo, me gozo en volar sobre un aire más sereno y más puro.

« ¿Qué teméis en la soledad? la pobreza? Jesucristo llama á los pobres bienaventurados; ¿al trabajo? no se corona á los atletas sino después de haber combatido hasta á meterse en el agua. ¿Os inquieta tal vez el cuidado de vuestra nutrición? la fé no teme al hambre. ¿Teméis el acostaros sobre la dura tierra, y amortiguar vuestro cuerpo ya enflaquecido y deshecho por una larga abstinencia? el Salvador descansará en ella con vos. ¿No podriais sufrir una cabeza descompuesta y unos cabellos desaliñados? El apóstol san Pablo nos enseña que Jesucristo es la cabeza del hombre (I Cor.). ¿La vasta extensión de una horrorosa soledad os hace temer? no tenéis más que pasearos en espíritu por el paraíso; y desde el momento que hayáis elevado á él vuestros pensamientos, ya no estaréis más en el desierto. ¿Teméis que faltándoos el baño, vuestra piel se arrugue y se vuelva demasiado dura? una vez que uno se ha lavado en Jesucristo, ya no tiene necesidad de lavarse más. En una palabra, escuchad como san Pablo responde á todas vuestras dificultades: *Todos los sufrimientos de la vida presente no tienen comparación alguna con aquella gloria que un día será descubierta en nosotros* (Rom. 3). »

San Paulino después de haber distribuido sus grandes bienes á los pobres y haber abrazado la pobreza voluntaria, pidió á san Jerónimo reglas para vivir santamente en su nuevo estado. El Santo quien en otra carta le había exhortado á romper enteramente con el mundo para consagrarse